

Las Brigadas Internacionales. Imágenes desde la izquierda

Marta Bizcarrondo y Antonio Elorza

Universidad Complutense de Madrid

Resumen: Para la España democrática, la participación de los voluntarios internacionales constituyó uno de los episodios a la vez más trágicos y más hermosos de la contienda civil española. No obstante, la bibliografía es aquí débil, en espera de la próxima publicación del estudio de Remy Skoutelsky. La apreciación de lo que significaban las Brigadas Internacionales estuvo lejos de ser homogénea, incluso para las organizaciones de la izquierda, ya en tiempos de la Guerra Civil. Ni siquiera para los principales interesados en su promoción, las organizaciones comunistas, la cuestión dejó de ofrecer dificultades. Nuestro propósito en este ensayo consiste en reconstruir el abanico de las tomas de posición más representativas, con lo cual arrojamos nueva luz sobre las lógicas de guerra adoptadas por dichas fuerzas políticas y sindicales.

Palabras clave: Guerra Civil española, Brigadas Internacionales, visión desde la izquierda.

Abstract: For the Spanish democracy, the involvement of the international volunteers was one of the most tragic and wonderful episodes of the Spanish Civil War. However, this type of literature is scarce, while we await the work of Remy Skoutelsky to be published. There was little agreement on what the International Brigades really meant, even for left wing organizations, at the time of the Civil War. In fact, not even for those interested in promoting them, as were the communist organizations, was it a straightforward issue. The aim of our work is to throw new light on the war logic of these political and trade union powers by reconstructing the wide range of the most representative positions.

Key words: Spanish Civil War, International Brigades, left wing point of view.

Las Brigadas Internacionales forman parte de la realidad y de la leyenda de la Guerra Civil. «Mientras España exista», aseguraba Dolores Ibárruri, su recuerdo «vivirá entre nosotros»¹. La imagen de unos “voluntarios de la libertad”, llegados de todo el mundo para salvar a la República de la amenaza del fascismo, ha pervivido con fuerza en la memoria histórica de la izquierda española. La última ocasión para comprobarlo fue la visita de los veteranos brigadistas en noviembre de 1996, ya al borde de la desaparición física por razones de edad. A pesar de una preparación insuficiente, y con desigual cobertura de los medios, la acogida tuvo momentos impresionantes. La conciencia democrática española era ya inseparable del mito positivo de las Brigadas, al igual que lo era y es para la derecha de inspiración franquista su consideración como instrumento armado de Stalin destinado a hacer de España un satélite comunista.

No dejan por eso de ser las Brigadas un mito incómodo. Incluso para la derecha, dado que su entrada en escena plantea el papel decisivo que en la victoria de Franco desempeñaron, no unos miles de voluntarios impulsados desde Moscú, sino las dos potencias fascistas, con sus envíos de unidades completas, armas y material, más el complemento de las tropas reclutadas en el Protectorado. En la izquierda, porque el protagonismo comunista planteaba problemas a todos. A socialistas y anarquistas, dado el enfrentamiento político de décadas con un PCE al que era preciso presentar en la guerra como la suma de todos los males sin mezcla de bien alguno. Y al propio PCE, porque ya en la formación de las Brigadas intentó capitalizar su presencia sin renunciar a la imagen forjada en 1936 de una movilización espontánea de voluntarios que el comunismo simplemente venía a encauzar. Nuestro ensayo aspira precisamente a reconstruir esas imágenes cruzadas desde un primer momento, no como fruto del azar, sino por efecto de las distintas concepciones acerca de la estrategia de la guerra y de la revolución.

Advirtamos que la historiografía también ha quedado atrapada, en buena medida, por las redes del mito. No es nuestra intención proceder a una revisión bibliográfica, pero no cabe olvidar que el

¹ *Frente Rojo*, Barcelona, 1 de noviembre de 1938.

atractivo del tema ha imperado con excesiva frecuencia sobre el rigor, incluso en fecha reciente. Así, en 1998, César Vidal, al presentar su libro *Las Brigadas Internacionales*, proclamó el triunfo definitivo de la historia sobre el mito, por haber consultado los archivos recién abiertos en Moscú, cuando de hecho no se asomó antes de su redacción al archivo de las Brigadas, depositado en el antiguo Instituto Marx-Lenin, de Moscú, ni al propio archivo de la Comintern allí situado, y de consulta libre. En el mismo año se publicaba el riguroso libro de Rémi Skoutelsky, *L'espoir guidait leur pas*, pero centrado en el estudio de los interbrigadistas franceses. Sin embargo, cuando el mismo Skoutelsky prepara en compañía del periodista Michel Lefebvre la espléndida exposición fotográfica *Las Brigadas Internacionales. Imágenes recuperadas* (París y Madrid, 2003), el peso del mito se deja sentir en la intención de saltar por encima de las ideologías, al incluir fotografías y textos anarquistas, cuando como veremos desde este sector hubo una clara oposición a la incorporación de los voluntarios².

Fue una ocasión perdida para que los dos autores marcaran un estado de la cuestión sobre las Brigadas, tanto más necesario cuanto que desde medios de mucho mayor alcance ha sido utilizado el prestigio de las Brigadas para impartir mensajes de signo opuesto a las mismas. El caso más sonado es *Tierra y Libertad*, de Ken Loach, que nos presenta un supuesto brigadista que nunca lo fue con el fin de descalificar como estaliniana la lógica de guerra planteada por el Frente Popular. En la citada exposición de Skoutelsky y Lefebvre se incurre en el mismo defecto: el voluntario extranjero que lucha al lado de Durruti o el que lo hace en un grupo anarco-poumista no es un miembro de las Brigadas Internacionales, por mucho que un desfigurado *Homenaje a Cataluña*, de George Orwell, sirva para el enfoque de falso aval. El cine de gran difusión no le sienta bien a las Brigadas: pensemos en la equiparación de los brigadistas con los voluntarios fascistas italianos y con los miembros de la División Azul en el documental *Extranjeros de sí mismos*, de Javier Ríoyo, sobre todo teniendo en cuenta el comentario inicial de la voz en *off*.

² LEFEBVRE, M., y SKOUTELSKY, R.: *Las Brigadas Internacionales. Imágenes recuperadas*, Madrid, Lunberg, 2003, pp. 62-63 y 78-79.

1. Un protagonista en la sombra

Desde el tiempo de guerra a la conmemoración de 1996, la preocupación comunista consistió en aunar el elogio de las Brigadas Internacionales, vistas como máximo exponente de la solidaridad propia de su concepción política, con un discreto retiro a la hora de aparecer como sujeto de su formación. La versión canónica de esa ambivalencia fue expresada en la historia oficial redactada en los años sesenta y setenta por un equipo de notables comunistas, bajo la dirección de Dolores Ibárruri, y publicada con el título de *Guerra y revolución en España, 1936-1939*. En sus páginas, la presencia de la Brigadas Internacionales es prácticamente nula en la batalla de Madrid. No tienen derecho a un apartado propio en el capítulo, y si se admite su aparición, es de forma mucho más modesta. La circunstancia de haber trabajado sobre los documentos originales del archivo de la Comintern no modifica en nada una exposición basada en los planteamientos en vigor desde 1936. Bajo el epígrafe de «Los primeros voluntarios extranjeros», los historiadores del PCE ofrecen la imagen de una juventud europea revolucionaria inflamada por las noticias procedentes de los sucesos de España, cuyo ejemplo habría servido para incrementar la fuerza de los partidos comunistas, en su calidad de «los más consecuentes defensores de la República española». La lucha en defensa de la República fortaleció así al comunismo internacional, y no a la inversa: «Entre los jóvenes revolucionarios de Francia, Inglaterra, Bélgica y asimismo entre los antifascistas alemanes, italianos, húngaros y polacos emigrados en Francia nació el ardiente deseo, especialmente cuando se supo que Hitler y Mussolini intervenían en apoyo de los rebeldes, de ofrecer al pueblo español todo lo más precioso que tenían: su vida, su juventud, su sangre; de tomar las armas y de ocupar un puesto en las trincheras de España»³.

Esta descripción romántica, con su fondo de verdad, pues hubo ya voluntarios extranjeros antes de la formación de las Brigadas y la opción de incorporarse a las mismas fue en todo caso personal, permite describir su formación como un proceso espontáneo, libre de injerencias exteriores, al modo de quienes, como Mina el Mozo

³ AAVV: *Guerra y Revolución en España*, t. II, Moscú, Progreso, 1996, p. 113.

en México y lord Byron en Grecia, «habían peleado en tierras extrañas por la causa universal de la libertad». Fruto de esta espontaneidad, cientos de voluntarios fueron a parar, por un misterio no aclarado, en octubre de 1936 a Albacete. Y desde allí, siguiendo el relato del comunista italiano Luigi Longo en el libro *Le Brigate Internazionali in Spagna*, surgió la también espontánea iniciativa de que una comisión integrada por Longo, Pierre Rabière y S. Wisniewski recabase del presidente del gobierno, Francisco Largo Caballero, la autorización para formar unidades militares compuestas de voluntarios, sin otra adscripción política que la defensa de la República, para combatir al lado de los españoles contra el fascismo. Una vez aprobada la propuesta por el viejo socialista, el mismo día 22 de octubre de 1936 dio comienzo oficialmente la organización de las Brigadas Internacionales. André Marty no existe.

Vemos así de entrada que la imagen transmitida de las Brigadas Internacionales es mucho menos diáfana de lo que era de esperar, incluso para el grupo político que respalda su puesta en marcha y que luego capitaliza su actuación durante la guerra. Para otras organizaciones obreras tampoco fue fácil situarlas sin que surgiera un grado mayor o menor de conflicto con la imagen que de sí mismos aspiraban a transmitir, con sus aspiraciones hegemónicas y con su lógica de la acción militar. Tampoco la vecindad entre las Brigadas y el comunismo facilitaba demasiado las cosas. De ahí que surjan reacciones que limitan la visibilidad de las Brigadas Internacionales o que las sitúan en una posición secundaria, siempre sobre un denominador común de reconocimiento y de admiración que en definitiva acabó por imponerse en buena medida a las confrontaciones políticas.

La decisión de organizar el traslado a España de voluntarios para que contribuyesen a la defensa de la República española se sitúa en el marco de unos planteamientos muy definidos de la Internacional Comunista, y en consecuencia de la URSS, respecto a la situación de España.

En primer plano interviene la exclusión de una intervención directa, por razones técnicas y sobre todo porque la prioridad para la URSS consistía en reforzar su posición internacional mediante un acercamiento táctico a las democracias occidentales. La Comintern estimaba que en España el peligro de reacción prevalecía sobre las expectativas revolucionarias, a pesar de los sucesos de octubre, siendo en consecuencia preciso para los comunistas atenerse a una política

de Frente Popular (sin que ello excluyera los movimientos tendentes a incrementar el peso comunista en el sistema político, y sobre todo en relación con otras fuerzas obreras: unificación de Juventudes, unidad con el Partido Socialista, donde el pez chico había de devorar al grande).

Las directrices enviadas por Manuilsky a la dirección del PCE el 21 de febrero de 1936, apenas obtenida la victoria del Frente Popular, eran inequívocas:

«Tant que le fascisme ne sera pas totalement battu, il s'efforcera d'organiser la guerre civile dans le but de saboter l'application du programme du front populaire et de discréditer ce dernier aux yeux des masses. Il organisera des complots contre la République avec l'aide de ses agents dans l'appareil d'Etat, notamment dans l'armée et dans les autres organes armés»⁴.

No era una mala profecía, cuyas recomendaciones tropezaban con la satisfacción del delegado en España, el argentino Victorio Codovilla, quien como pescador en río revuelto contempla la inseguridad del Frente Popular como base favorable para un avance comunista. La entrada de las tropas de Hitler en Renania, a comienzos de marzo, actuará en sentido contrario para reforzar las tendencias defensivas de la Comintern, que no tenían necesidad de asustarse ante revolución social alguna para recomendar que prevaleciera la consigna de defender la democracia. En telegrama de 8 de abril, “la casa” comunica a Codovilla y a José Díaz, secretario general del PCE, que el poder soviético no estaba en el orden del día en España y que lo esencial era crear un régimen democrático que cerrara el paso al fascismo, al mismo tiempo que el PCE reforzaba sus posiciones. “Aislar al fascismo”, será en lo sucesivo la consigna. La última advertencia de Dimitrov a Codovilla en el sentido de cerrar filas con el Frente Popular para hacer fracasar la alarmante situación de «conspiración fascista en España» es del 17 de julio de 1936. Los dirigentes de la Comintern acertaban por lo menos en su diagnóstico sobre España.

En los primeros días de la guerra, los telegramas de Codovilla a “la casa” rebosan optimismo: la victoria sobre los militares sublevados es cosa hecha y el problema es la cercanía a una situación

⁴ Centro Ruso de Conservación y Estudio de Documentos en Historia Contemporánea (CRDEDHC), 495-18-1075.

de gobierno. Frente a la alegría del delegado, Dimitrov y Manuilsky repiten las preguntas cargadas de angustia sobre la situación militar, recomiendan conservar el ejército frente a las milicias y, sobre todo, «no abandonar las posiciones del régimen democrático y no dejar el terreno de la defensa de la República». El 23 de julio advertían ya contra todo optimismo prematuro, pues la Guerra Civil podía durar. Lo que contaba era «mantener y reforzar el Frente Popular». «Hay que actuar exclusivamente bajo la bandera de la defensa de la República —concluían— que permitirá reunir a una mayoría aplastante del pueblo español frente a la contrarrevolución». «Defensa de la República democrática y no instauración de la dictadura del proletariado», insistirán el 26. En el mismo sentido se dirigieron a la dirección del Partido Comunista Francés, subrayando que los objetivos democráticos le conferirían un papel principal en la organización de la ayuda a los españoles:

«(...) dans la situation actuelle ni parti communiste Espagne ni Komintern ne veulent établissement dictature prolétarienne en Espagne, que nous ne quittons pas position de défense république et démocratie et qu'en Espagne maintenant se décide largement le sort de la démocratie européenne»⁵.

La justificación política de lo que serán las Brigadas Internacionales se encontraba fijada a partir de este momento, pero ni la situación militar en la península ni la postura soviética se había aún definido. Por el momento, la URSS opta por sumarse a la iniciativa franco-británica de la No-Intervención. Como hizo ver en su día el presidente de la República española, Manuel Azaña, para Rusia no tenía valor alguno una España bolchevizada y sí en cambio utilizar la crisis para reforzar sus propias posiciones con Francia e Inglaterra. «En ningún caso podía ni quería tomar la URSS una actitud intransigente que originase decisiones peligrosas», escribe Azaña. La guerra española ha sido en todo momento para la URSS una «baza menor»⁶.

Silvio Pons ha explicado que la adhesión de la URSS al pacto de No-Intervención respondía, en primer término, al objetivo de no quedar marginados del entramado de relaciones en la escena internacional. Al mismo tiempo, descansaba sobre la suposición de que los rebeldes, privados de la ayuda de las potencias fascistas,

⁵ CRDEDHC, 495-184-21 isch.

⁶ AZAÑA, M.: *Causas de la guerra de España*, Barcelona, Crítica, 1986, p. 52.

podrían ser dominados en breve plazo, quedando de este modo reforzados los frentes populares francés y español. De ahí que el apartamiento formal de la Unión Soviética en relación con el conflicto se vea acompañado de telegramas al Partido Comunista Francés, insistiendo en que desarrolle su actividad solidaria, especialmente en el terreno del suministro de armamentos:

*«La situation des troupes gouvernementales espagnoles s'aggrave en raison du manque des moyens matériels. Il faut assurer aux combattants espagnols l'aide d'une façon réelle et efficace (...) car défaite de la république espagnole serait défaite du Front Populaire en France»*⁷.

El correlato de ese escenario en que la República española aparecía aislada, frente a una agresión cuyos éxitos se debían a la intervención de las potencias fascistas, es la declaración por parte del Partido Comunista de la contienda como guerra nacional, como guerra de independencia. Lo define el manifiesto que su Comité Central hace público el 18 de agosto de 1936. Por una parte está «un grupo de generales reaccionarios», traidores que «buscaron y obtuvieron ayudas deshonorosas de potencias extranjeras». Su propósito no sería otro que «transformar España en una colonia fascista». En contra de ellos se alza la «unión nacional de los que anhelan una España grande por su cultura, una España libre, una España de paz, de trabajo y de bienestar». Es una lucha de España contra los invasores que tratan de sojuzgarla. «¡La independencia de España está en peligro!», proclama la dirección comunista.

La caracterización de la guerra de España como guerra de independencia nacional fue eficaz para definir una situación en que muy pronto la colaboración soviética creaba una imagen peligrosa en el plano de las relaciones internacionales, y se mantuvo durante mucho tiempo como clave de las explicaciones y de la definición estratégica del PCE. Pero muy pronto la simple ayuda del PCF se reveló insuficiente, mientras el ejército de África emprendía su marcha triunfal hacia Madrid y el norte del sector republicano quedaba aislado con la pérdida de Guipúzcoa. La cuestión de la ayuda a España requería un esfuerzo suplementario, y es lo que aborda la reunión del Presidium, de la Internacional Comunista, celebrada los días 16 y 17 de septiembre de 1936. La apertura parcial del archivo de Stalin

⁷ CRDEDCH, 495-184-47 isch.

prueba que ya el 14 de agosto, desde su lugar de veraneo en Sochi, el líder soviético hablaba de una ayuda imprescindible y discreta a la República⁸.

Según explica Silvio Pons, en las intervenciones de participantes no soviéticos queda de relieve, de un lado, la importancia de la guerra de España en el marco del antifascismo y, de otro, el peligro que corre la República ante los avances del ejército sublevado⁹. Dimitrov aceptó estas ideas en sus conclusiones, afirmando la necesidad de «reunir todas las fuerzas y emplear y desarrollar una poderosa acción internacional, que pueda en definitiva decidir la victoria de la República española, del pueblo español». Al día siguiente tuvo lugar la reunión del Secretariado, donde la puesta en marcha de los recursos del movimiento comunista internacional para el envío de voluntarios a España dio lugar a la formación de las Brigadas.

La decisión del Secretariado de la Internacional Comunista de 18 de septiembre de 1936 constituye de este modo el acta de nacimiento de las Brigadas Internacionales, por lo que supone de iniciativa soviética para encauzar la llegada a España de voluntarios que compensasen la imposibilidad de una ayuda directa de la URSS a la República. Al lado de la organización de ayuda técnica al pueblo español, el Secretariado acordaba: «7. Procéder au recrutement, parmi les ouvriers de tous les pays, de volontaires ayant une expérience militaire, en vue de leur envoi en Espagne»¹⁰.

La dificultad consistía, por lo que tocaba a la imagen a transmitir, en que resultaba necesario presentar esa llegada de voluntarios, previamente encuadrados, como un proceso espontáneo. La imagen romántica de una solidaridad de los proletarios demócratas de Europa era la que mejor encajaba con las exigencias de la política del PCE en defensa de la República española. Pero contaba también el propósito de capitalizar una ayuda que venía a mostrar que solamente el mundo comunista desarrollaba una labor eficaz de solidaridad con España. De ahí la relativa inseguridad que por encima del *leitmotiv* antifascista preside la imagen que el PCE transmite de las Brigadas Internacionales.

En noviembre de 1936, *Mundo Obrero* intenta dar con la cuadratura del círculo en ese doble propósito, de rehuir la responsabilidad

⁸ Fondo 558 del CRDEDHC.

⁹ PONS, S.: *Stalin e la guerra inevitabile*, Turín, Einaudi, 1995, p. 91.

¹⁰ CRDEDHC, 495-20-262, p. 97.

política directa en la formación de las Brigadas y de presentar como propios sus éxitos. Al mismo tiempo, resulta claro desde un primer momento que se trata de forjar el nacimiento de un mito: la excepcionalidad de las Brigadas, o de lo que todavía se llama “la Columna Internacional”, es previa a cualquier demostración por su parte de eficacia militar. Nacieron héroes, son un ejemplo para los milicianos españoles, porque tal es su papel histórico dada su condición mayoritaria de comunistas.

El diario comunista proclamaba ya el 10 de noviembre de 1936: «Los comunistas del mundo entero combaten a nuestro lado». «La magnífica actuación de la Brigada Internacional —informaba la breve crónica—, cuyos componentes en casi su totalidad son comunistas de distintas nacionalidades, están dando un gran ejemplo de disciplina y combatividad». La reseña se ampliaba al día siguiente, bajo el título de «La heroica actuación de la columna La Internacional», modelo según el cronista de organización, disciplina y deseos de vencer, de espíritu de resistencia. Para desplegar el repertorio de elogios se acudía a los comentarios de un suboficial, que al final de su comentario llegaba a atribuir a los brigadistas en su lucha de la Casa de Campo facultades taumatúrgicas: provocaban «la huida acelerada de los tanques y el enmudecimiento de las baterías».

De situar las cosas en su justo punto se encargó el comisario político de la Brigada, el comunista italiano Giuseppe di Vittorio, presentado con el nombre de Nicoletti. «La Brigada Internacional que lucha en las puertas de Madrid —dijo en su breve intervención en el mitin del día 11 por la resistencia de la capital— significa la solidaridad activa del proletariado oprimido por el fascismo». Un amplio reportaje aparecido en *Mundo Obrero* el día 18 ampliaba esa visión ortodoxa, bajo el titular de «¿Quiénes son los héroes de la Brigada Internacional?». “Nicoletti” desarrollaba un tema central: la Brigada Internacional, todavía en singular, era la proyección militar del Frente Popular europeo. En ella figuraban obreros de diversas ideologías y de los más variados países, fundidos en una determinación, oponerse al fascismo.

En lo sucesivo, las publicaciones comunistas insistirán en ese doble componente, el central, la solidaridad generosa de unos hombres que por su propio impulso vienen a España a luchar contra el fascismo; secundariamente, la presencia comunista en el seno de las Brigadas.

Los conocidos versos de Rafael Alberti «A las Brigadas Internacionales», escritos en diciembre y publicados también en *El Mono Azul*, borran toda referencia política. Su tema único es la fraternidad de quienes llegan a compartir la lucha de los españoles desde la lejanía. «Venís desde muy lejos...», son sus primeras palabras, para subrayar a continuación el anonimato de los voluntarios y su destino de vincularse a una tierra a la que no conocen por causa de un «infranqueable compromiso». Alberti no habla de los internacionales como camaradas, sino como «hermanos», y termina asociándoles con el tema central, la defensa de la capital, e invocando su fusión con la tierra que vienen a defender: «Quedad, que así lo quieren los árboles, los llanos/ las mínimas partículas de la luz que reanima/ un solo sentimiento que el mar sacude: ¡Hermanos!/ Madrid con vuestro nombre se agranda y se ilumina»¹¹.

Pero es Dolores Ibárruri, en sus dos textos de despedida a los brigadistas, quien mejor resume esas dos vertientes, la literaria expresada por Alberti, que juega con el contraste entre la distancia a la que se encontraban quienes llegan de lejos a España para ayudarla y la unión indisoluble que produce su acción de solidaridad, y la política, según la cual constituyen las Brigadas Internacionales un emblema insuperable de la lucha antifascista. Añade además el tema de la madre-tierra, también con una doble vertiente: de las mujeres, de las madres de España, que toman la palabra para expresar su desgarrado e inquebrantable reconocimiento hacia los brigadistas, y de la tierra española, donde quedarán para siempre los voluntarios muertos por la libertad y la democracia. Una democracia entendida como valor universal frente a quienes sólo ven en la democracia la defensa de los intereses económicos. El resultado es que los brigadistas quedarán incorporados para siempre a la historia de España y tendrán aquí su hogar, reconocido por los españoles demócratas. De ahí que su magistral alocución no se cierre con una despedida, sino con un llamamiento al regreso, apoyado en un mito que ya es realidad. «Sois la historia, sois la leyenda, sois el ejemplo heroico», les dice la Pasionaria a los brigadistas.

El texto de Dolores Ibárruri realizaba conscientemente el tránsito desde una valoración política a la construcción de un mito, sin duda el más sólido que el comunismo español logró poner en pie durante

¹¹ ALBERTI, R.: «A las Brigadas Internacionales», *El Mono Azul*, 1 de mayo de 1937.

la Guerra Civil. En ningún momento hay mención de ese carácter comunista de la empresa. La fidelidad al planteamiento de la Comintern se mantenía sin fisuras.

2. Apoyo y desconfianza

La visión socialista de las Brigadas Internacionales se apoya en elementos comunes con el discurso del PCE, si bien resulta claro desde un primer momento que a éste corresponde la iniciativa y que por ello la presencia de los brigadistas constituye un factor más de desequilibrio en las relaciones entre los partidos obreros. De ahí que los comentarios tiendan a ser mucho más discretos que los ofrecidos por la prensa comunista, en el curso de la guerra, y que luego la alusión al tema se convierta en algo incómodo para los socialistas.

Hay un patrimonio ideológico común entre socialistas y comunistas, y ello se refleja en una rápida caracterización de la guerra por parte de los primeros como defensa de la nación española, de su libertad y de la democracia, amenazadas por el militarismo fascista. Es un enfoque definido muy pronto, desde *El Socialista*, el 21 de julio, al distinguir «los dos patriotismos: el del pueblo y el de los militares traidores»:

«No hay error posible. Los militares sublevados conocían exactamente el alcance de su deslealtad. Y era éste: extinguir la democracia y poner las dignidades ciudadanas, de tan duro y acrisolado logro, bajo la bota cuartertera y el mugriento bonete jesuítico, con arreglo a una fórmula, fascista, que liquidara definitivamente el rango de España como nación libre».

En días sucesivos, los comentarios socialistas rebosan de similar optimismo al que muestran los telegramas que Victorio Codovilla remite a Moscú: la sublevación, día a día, va siendo vencida y el triunfo de los trabajadores leales a la República resulta inminente. Las noticias relativas al aplastamiento de la sublevación militar en distintos lugares de España sirven de base al espejismo de una rápida victoria de las milicias obreras: «la base del nuevo ejército son las milicias, es decir, el pueblo», puede leerse el día 22 en *El Socialista*. «El fascismo, barrido por la República», es todavía el titular del 27 de julio, si bien el 1 de agosto la imagen ha de ser corregida: «Lucha ardiente por la libertad en todo el país», son los titulares.

La Guerra Civil es un hecho. Aunque todavía el 9 de agosto titula *El Socialista* «El fascismo en franca derrota», la alocución reproducida en sus páginas, que el día anterior dirige Prieto a las milicias, no ofrece espacio para la duda: «es una guerra civil» y «una guerra es, sobre todo, medios de resistencia».

A partir de este momento, las consignas de disciplina y normalización del ejército son tan propias del PSOE como del PCE. Y como el PCE, los socialistas insisten en que la guerra de España tiene una grandeza específica, es la lucha de una nación, «de un pueblo alzado en defensa de su ley y sus fueros contra un Ejército que los ha violado, y al servicio de la violencia sin honor y de los privilegios económicos leva moros y mercenarios» («Grandeza del ejemplo español», *El Socialista*, 11 de septiembre de 1936). La diferencia estriba en que para los comunistas se trata de una agresión exterior frente a un movimiento de resistencia de la auténtica nación española, mientras para los socialistas es sobre todo un problema interno a España, en el cual las fuerzas sublevadas contra la República se apoyan en aliados exteriores ante la pasividad de Europa.

Al llegar la batalla de Madrid, esa actitud cobra perfiles definitivos. De un lado, la denuncia de la improvisación, de la guerra hecha a medias, con los llamamientos a la organización y a la disciplina de acuerdo con las exigencias inmutables de la guerra. De otro, la exaltación de una defensa heroica, exclusivamente española, en una situación de soledad radical, frente a los agresores de la capital. Surge así un patriotismo de raíces estrictamente proletarias que no deja espacio para la presencia del internacionalismo. De este modo, la visibilidad de los internacionales en la batalla de Madrid será escasa, puesto que se trata de mostrar a toda costa que el triunfo defensivo corresponde a los trabajadores madrileños, que por fin han sido capaces de aceptar la disciplina militar. «Sus defensores son, en todo y para todo —explica *El Socialista* de 13 de noviembre—, una selección heroica del pueblo madrileño, decidido por muy serias razones a sacar victoriosa la ciudad y a tomar como punto de partida esta lucha para ganar la guerra». Desde esta perspectiva, los brigadistas tienen que asumir de modo directo el protagonismo para asomar a las páginas del diario y explicar su contribución a la defensa de Madrid (véase el artículo que procedente de la XII Brigada incluye *El Socialista* de 24 de noviembre).

En *Claridad*, órgano del caballerismo, se advierte una trayectoria similar, con un llamamiento permanente a la conversión de los mili-

cianos en «un ejército moderno y eficaz», especialmente después de la rota de Talavera. «Se impone de aquí en adelante la necesidad de hacer la guerra con todas las consecuencias como la hacen nuestros enemigos», proclamaba el 28 de septiembre en un artículo significativamente titulado «Toque a rebato». Los entusiasmos no servían de nada allí donde faltaban el orden y la disciplina militares. No era, sin embargo, la misma perspectiva del PCE.

En este contexto prevalecía la necesidad de una organización militar eficiente, y por ello la aparición de la Brigada Internacional es saludada con entusiasmo. Además, al estar todavía vigente el ideal de la bolchevización del PSOE y no entrar en juego los condicionamientos de la política internacional de la URSS, cabe dibujar sin reservas una imagen sin mácula de fusión de antifascismo y de espíritu revolucionario leninista. Como ocurre en las descripciones de la prensa comunista, la entrada en fuego de la Brigada produce efectos casi milagrosos. Son «hombres duros y tremendos, de esos que no corren» (*sic*, por contraste implícito con los milicianos), cuya firmeza se expresa en el canto de la Internacional y el resultado es inmediato al entrar en combate: «la espantosa cacería del moro». En términos políticos, son la expresión del proletariado universal, solidario con España y armado con la teoría revolucionaria de Lenin, sin que asome la faceta del antifascismo y sin que tampoco tenga que ocultarse la composición mayoritaria comunista:

«Esta columna de hierro, formada por los mejores luchadores antifascistas de toda Europa, nunca será una Babel, porque les basta, para entenderse, el himno de los trabajadores. Ellos no saben de retrocesos ni de discordias (...) Son los pobres del mundo, unidos hombro con hombro, que han venido aquí para ayudarnos, para demostrarnos que el mundo que trabaja, está con nosotros. En su mayoría son comunistas expulsados de todas partes, perseguidos como fieras (...) Casi todos llevan un nombre clavado en el alma: Lenin. “Y por eso no retroceden jamás”»¹².

Al enfriarse más tarde ese ardor bolchevique en la izquierda socialista, quedará en pie la valoración discreta de los internacionales como fuerza que generosamente contribuyó a la defensa de la República. «La salida, de estos extranjeros —puede leerse en *Claridad* el 29 de octubre de 1938— es correspondiente a la grandeza de

¹² «Los combates de ayer», *Claridad*, Madrid, 11 de noviembre de 1936.

su llegada. Vinieron empujados por un principio universal de solidaridad (...)». La participación socialista en el gran homenaje de despedida que el Frente Popular Antifascista dispensa a las Brigadas en Madrid, el 7 de noviembre de 1938, responde a ese reconocimiento discreto que por lo demás ya figuraba en el manifiesto del gobierno Largo Caballero, de 21 de noviembre de 1936, donde la alusión a ellas, sólo indirecta, en el marco del reconocimiento a la acción solidaria «de centenares de miles de hombres libres que han hecho suya la causa de España», e incluso en el discurso de despedida que les consagra como presidente del gobierno Juan Negrín, centrándose sobre todo en la voluntad de resistencia de los republicanos en la guerra.

No será tema del que se ocupen en sus recuerdos los líderes socialistas como Francisco Largo Caballero o Indalecio Prieto. De modo significativo, en su *Guerra y vicisitudes de los españoles*, Julián Zugazagoitia, el ex director de *El Socialista*, incluye una mención cordial de las Brigadas Internacionales en el cuadro de su descripción de la batalla de Madrid. Eran, según Zuga, «rebeldes expulsados de su patria, trabajadores sin nacionalidad oficial, hombres con un pasado lleno de dolor y con un porvenir incierto»¹³. Juzga decisiva su contribución a la defensa de la capital, pero su presencia parece estar justificada «por motivos individuales», sin mención alguna de los fundamentos ideológicos, el comunismo y el antifascismo. Les convierte, además, de inmediato en los hombres de su general Kleber, como un conjunto de autómatas cuyos movimientos seguían su voluntad. Es claro que el encaje de las Brigadas Internacionales en la perspectiva ideológica del partido socialista ofrecía notables dificultades.

3. Internacionalismo y revolución

Tampoco era fácil su integración en los planteamientos que sobre la guerra iba forjando el POUM. Había de entrada un problema geográfico: el POUM era un partido fundamentalmente catalán y la incorporación de las Brigadas tuvo lugar en el frente de Madrid. Cabía esperar un distanciamiento que tendremos ocasión de observar

¹³ ZUGAZAGOITIA, J.: *Guerra y vicisitudes de los españoles*, t. I, París, Librería Española, 1968, p. 210.

también en los sectores catalanes de la CNT. Por otra parte, el reconocimiento inmediato de que la mayoría de los brigadistas pertenecía al comunismo ortodoxo tampoco favorecía una acogida cálida. Como compensación estaba el fuerte sentimiento internacionalista del partido de Andreu Nin, a partir del cual la expresión de solidaridad revolucionaria que traían consigo las Brigadas podía enlazar con quienes contemplaban la guerra como un componente de la revolución social.

En realidad, y a diferencia del PCE, el POUM hacía suyo en 1936 un proyecto revolucionario mimético del bolchevique de 1917. A lo largo del quinquenio republicano, Andreu Nin había reiterado una y otra vez el mismo planteamiento político: existía en España una coyuntura prerrevolucionaria, comparable a la rusa de vísperas de Octubre, y sólo hacía falta la entrada en juego del sujeto político capaz de reencarnar al partido bolchevique. Lo afirma en 1931 y lo repite en enero de 1937 desde las páginas de *La Batalla*: «la prioridad consistía en acabar con la República burguesa»¹⁴.

La pequeña variante en relación con 1917 de que en 1936-1937 no se trataba de hacer la paz, sino de afrontar una guerra en condiciones extremadamente difíciles, no altera la que se autodefine como una política «revolucionaria intransigente». Las «ilusiones democráticas» deben ser disipadas, y con ellas eliminadas las instituciones republicanas, siendo sustituidas por un orden revolucionario cuya garantía vendrá de los obreros en armas (de ahí la oposición a que las armas de la retaguardia vayan al frente, que expresará matizadamente Nin y sin reservas Juan Andrade: «el proletariado tiene un deber elemental, es no dejarse desarmar», declara Nin el 6 de septiembre de 1936). Dentro de este ensimismamiento radical, con un comunismo imaginario al alcance de la mano, la confrontación con el Frente Popular resultaba inevitable, con o sin Stalin.

No existía espacio para que tuviera lugar una aceptación de quienes se presentaban como luchadores antifascistas o por la libertad. La visibilidad del tema en el discurso poumista será en consecuencia escasa, pero no faltará, por el reconocimiento del valor de la disciplina y de la solidaridad internacionalista. En contra de las acusaciones de que fuera objeto, el POUM se movía en el espacio del izquierdismo, no de la provocación. Lo muestra el editorial de *La Batalla*

¹⁴ ELORZA, A., y BIZCARRONDO, M.: *Queridos camaradas*, Barcelona, Planeta, 1999, pp. 360-361.

sobre temas militares de 29 de noviembre, en el cual, tras elogiar los progresos logrados por la entrada en juego de «una disciplina consciente» y la llegada de medios materiales para la lucha, la aportación de los brigadistas recibe un elogio sin reservas:

«Existe además, quizás lo fundamental para nosotros, una excelente moral entre los milicianos y la aportación extraordinariamente valiosa de los camaradas extranjeros que constituyen la columna internacional, que tan bravamente se bate en los frentes madrileños más peligrosos».

De forma aún más clara lo expresa Juan Andrade en la conferencia radiada que pronuncia el 1 de diciembre al regresar del frente de Madrid. El éxito de la defensa de la capital es atribuido al proletariado, tanto español como internacional, y éste lo encarnan las Brigadas. Es un elogio plenamente coincidente con el que expresan otros sectores obreros:

«Llegan incesantemente a nuestro suelo revolucionarios de todos los países que quieren ofrendar su vida por la revolución. Son voluntarios que han renunciado a la tranquilidad de sus hogares para entregarse a la defensa de nuestro movimiento. Caen en nuestro suelo como hermanos de una misma causa. La Brigada Internacional que se bate en los frentes más duros de Madrid, ha dejado ya a muchos de los suyos. Por eso todo el proletariado español debe a estos camaradas el más fraternal de sus tributos».

Lógicamente, no se atribuye a los internacionales otra significación política que la revolucionaria, pero el elogio es inequívoco.

4. Entre el rechazo y el elogio

La oposición anarquista a las Brigadas Internacionales se da al mismo tiempo en que la CNT y la FAI insisten sobre la proyección internacionalista de la revolución española. Al modo de la Unión Soviética desde los años veinte, en España tendrá lugar en la siguiente década, y especialmente durante la guerra, una situación definible como «el anarquismo en un solo país». Por única vez en su historia, los anarquistas pasaron a ejercer en julio de 1936 un poder efectivo en aquellas zonas donde protagonizaron la derrota de los militares sublevados, caso de Cataluña y de Aragón, hasta las proximidades

de Zaragoza, y en noviembre esa inesperada vinculación con el poder político les llevó incluso a una controvertida participación en el gobierno de Frente Popular. Es ese marco de relación inmediata con el poder el que definirá la actitud frente a las Brigadas Internacionales en el proceso de constitución de éstas, más que lo que ellas pudieran representar como alternativa de orden y disciplina militares frente a la forma libertaria de entender la guerra, encarnada como mal menor en la constitución de milicias.

El anarcosindicalismo español había llegado a la Guerra Civil marcado por una profunda crisis interna, larvada en los años veinte, y convertida en protagonista de su historia de la Segunda República, con el enfrentamiento entre un sector maximalista, anarquista, representado por la FAI, que veía en la CNT simplemente el instrumento para la implantación por vía insurreccional del comunismo libertario, y el sector que acabará siendo minoritario, anarcosindicalista, el “treintismo”, defensor de un fortalecimiento del sindicato y de una adecuación a medio plazo al régimen republicano. La reunificación de ambos en el Congreso de Zaragoza, en mayo de 1936, no borra las diferencias, a las que se suma ahora la tensión entre quienes confieren prioridad a la acción unitaria antifascista, en defensa de la República, y los que juzgan que ante todo hay que mantener las posiciones revolucionarias, es decir, de poder, conquistadas en aquellos lugares donde es la CNT-FAI quien asume el protagonismo en la derrota de los sublevados.

Esa tensión hace que incluso cuando los textos confederales hablen de actuación unánime del pueblo, de prioridad absoluta al antifascismo y de disciplina, los contenidos sean muy diferentes de lo que pueden ofrecer textos comunistas y socialistas en el mismo sentido. Sirva de ejemplo el manifiesto del Comité Nacional de la CNT de 28 de agosto de 1936, sólo unos días antes de aquel en el cual José Díaz reivindica en nombre del PCE una organización y una disciplina de hierro en torno a la consigna de «ganar la guerra». También ésta es la meta de la CNT, pero los medios son otros, la disciplina militar aparece como rasgo propio del fascismo y su antídoto es «el entusiasmo popular»:

«Tenemos una confianza indestructible en el triunfo de nuestras armas. Venceremos a las tropas facciosas cuyo único soporte es la disciplina. Ellos no cuentan con el resorte del entusiasmo popular. A medida que nuestras fuerzas lleguen a las puertas de las capitales dominadas por la insurrección

—que tuvo su principal elemento de triunfo circunstancial en la sorpresa— veremos cómo la población proletaria sojuzgada se arroja sobre los dominadores. Se encuentra entre dos fuegos, entre dos enemigos: el interno, representado por el proletariado maniataado, pero listo a saltar sobre ellos, y el externo, nuestras columnas milicianas que tienen disciplina, la disciplina que emana de la organización libremente aceptada, y que tienen entusiasmo fervoroso y voluntad de victoria»¹⁵.

En su ensueño, la prensa confederal llega a ofrecer en los primeros días de agosto la noticia de una huelga general revolucionaria en la España franquista. Este utopismo catastrófico, cuyos efectos principales se hicieron sentir en el frente de cristal formado en Aragón, tendrá como apoyo la satisfacción por el poder conquistado en la retaguardia, cuyo mantenimiento será objetivo principal, y de escaso riesgo, para un sector importante de la militancia libertaria. En la vertiente opuesta se encontraba el reconocimiento del peligro y de la exigencia de la unidad de acción en el frente y en la retaguardia. Ambas facetas del movimiento anarcosindicalista tuvieron su reflejo en la actitud adoptada ante las Brigadas Internacionales.

La manifestación más clara de la inclinación al rechazo es la actuación de los grupos anarquistas que controlan los puestos de frontera en Cataluña, impidiendo la entrada en la península de los voluntarios extranjeros. Para comprobar este extremo, contamos con dos relatos poco sospechosos, el del dirigente faísta Diego Abad de Santillán y el del ministro de Justicia anarquista en el gobierno de Largo Caballero, Juan García Oliver, en sus respectivos libros de memorias, *Por qué perdimos la guerra* y *El eco de los pasos*. En ambos, por debajo de la argumentación explícita, cabe apreciar un fuerte sentimiento anticomunista.

Diego Abad de Santillán exalta el carácter revolucionario de la guerra de España, el papel del Comité de Milicias como auténtico ministerio de la guerra surgido de la insurrección y que encarna el poder del pueblo. A pesar de ello, denuncia con amargura, igual que Joan Peiró en su *Perill a la reraguarda*, que las armas en la retaguardia doblaban en número a las del frente. Una actitud crítica que no le impide considerar la intervención rusa en la guerra como el adversario principal, por situar a la República «en manos de los emisarios o de los agentes soviéticos». «Amparados por Rusia, insiste,

¹⁵ CNT, Madrid, 29 de julio de 1936.

se movían, se organizaban y se confabulaban los secuaces de una dictadura comunista, para los cuales, cualesquiera que fuesen las consignas públicas, no había más que un objetivo: desplazarnos por todos los medios de la posición dominante a que habíamos llegado...»¹⁶. El líder de la FAI tenía, pues, bien clara la cuestión central del poder, y a partir de ella dibujaba la contraposición entre la España feliz que se dibujaba como proyección revolucionaria y sus enemigos, «el capitalismo y el estatismo internacional». Con la URSS en primer plano.

Las Brigadas Internacionales son vistas por Abad de Santillán desde esa perspectiva, constituyendo una baza menor en manos de los rusos, quienes «juzgaron que había que poner freno a las masas españolas, disciplinarlas, someterlas a un poder central de hierro, cambiar el temperamento y el alma españoles»¹⁷. En esta construcción nuevamente bipolar, el polo positivo lo constituyen las milicias, mediante las cuales «el pueblo luchaba heroicamente contra la rebelión militar, pero no era un instrumento dócil en manos del gobierno y de la burocracia del Ministerio de la Guerra». Decir que eran poco eficaces e indisciplinadas constituye, para Santillán, «un pretexto infame». El negativo, las Brigadas en cuanto instrumento de la contrarrevolución comunista dictada desde Rusia:

«No teníamos todavía noción clara del peligro que representaban esas Brigadas a disposición del gobierno central, y estamos seguros que muchos de sus combatientes, los que no eran menos aventureros, no se habrían prestado al juego que hacían si se hubiesen dado cuenta de que no eran las necesidades de la guerra las que motivaban su creación, sino una política desleal de partido y la necesidad, por parte de los aspirantes a dictadores, de apoyarse en una fuerza dócil, puesto que el pueblo español se empeñaba en declararse mayor de edad»¹⁸.

Las Brigadas se habrían convertido además en el espacio privilegiado para que los estalinistas eliminasen sin problemas a sus enemigos políticos de todo tipo, trotskistas, libertarios, socialistas independientes. Si en el plano militar resultaron superiores a las milicias, advierte, es porque «recibían armamento moderno y eficaz»,

¹⁶ ABAD DE SANTILLÁN, D.: *Por qué perdimos la guerra*, Madrid, G. del Toro Ed., 1975, p. 159.

¹⁷ *Ibid.*, p. 213.

¹⁸ *Ibid.*, p. 214.

en tanto que «los milicianos del pueblo solían ir descalzos (*sic*), con armas primitivas y en la mayoría de los casos sin municiones». Además, al frente de las Brigadas se encontraban aventureros franceses que se ofrecían a sí mismos «magníficos negocios» a costa del gobierno de la República.

Las Brigadas Internacionales fueron, pues, un museo de horrores dentro del museo de horrores más amplio de la intervención rusa en España. Menos mal que los anarquistas de Cataluña supieron preverlo y por eso, aun antes de que entrasen los voluntarios brigadistas, ya habían decidido cerrarles el paso en la frontera, a diferencia de los buenos voluntarios, aquellos que defendían «una causa universal de la libertad contra la tiranía», y que por ello no tuvieron obstáculo que les impidiera incorporarse a las milicias confederales en el frente de Aragón. El mismo Santillán montará a título personal un pintoresco «batallón de la Muerte», a cuyo frente puso al italiano Cándido Testa. Los creadores de las Brigadas Internacionales tenían «otra intención política», y adivinándola, «nos opusimos a la constitución de esas Brigadas y dimos orden a los delegados de frontera para que no permitiesen el paso a esos voluntarios». Llegaron a tener detenidos en la frontera a un millar de voluntarios, que sólo pudieron llegar a la zona republicana por mar, hasta que finalmente los libertarios tuvieron que ceder en su labor de contención preventiva, justificada por dotes proféticas acerca del carácter militar con que iban a organizarse y del papel político que desempeñarían en el futuro.

El episodio es confirmado por Juan García Oliver en *El eco de los pasos*. El antiguo cerebro de «los reyes de la pistola obrera de Barcelona», el grupo “Nosotros”, en que figuraba Durruti, es mucho más crítico que Santillán al subrayar las deficiencias de una organización militar anarquista que entraba en conflicto abierto con la tradición y con las experiencias de quienes simplemente estaban acostumbrados a una especie de guerrilla urbana, «careciendo de una disciplina militar y de ganas de tenerla». Su experiencia al intentar ir al frente con su columna de Aguiluchos fue un desastre. «No llegaron a ser fuerzas aptas para grandes movimientos, ni para llevar a sus espaldas ningún incipiente Napoleón», resume¹⁹. «¡A los moros que los mate Cristo!», declaraban los milicianos confederales. Era, pues, en las propias palabras de García Oliver, «un ejército que no era un ejército».

¹⁹ GARCÍA OLIVER, J.: *El eco de los pasos*, Barcelona, Ruedo Ibérico, 1978, p. 199.

A pesar de tan poco halagüeño panorama, García Oliver reacciona violentamente desde el Comité de Milicias de Barcelona en cuanto los servicios de Seguridad Interior, también controlados por anarquistas, le dan cuenta de que «entraban en España numerosos contingentes de extranjeros que decían venir a sumarse a la defensa de nuestra causa». Llegaban a Barcelona, «proseguían viaje hacia Levante» y «anarquistas no eran», por lo cual «debían ser socialistas o comunistas» y «eran demasiado numerosos para no dejar de constituir un peligro». «Le dije a Aurelio [Fernández] que cabía conjeturar que los socialistas y los comunistas estaban reforzando con unidades paramilitares de “voluntarios” extranjeros sus fuerzas y que podrían llegar a constituir un serio problema para nosotros»²⁰. Dicho y hecho, el paso a España de los voluntarios internacionales quedaba prohibido en nombre de «que ésta es una lucha entre españoles» (los fascistas, por ser tropas regulares en la opinión del anarquista, no contaban) y la CNT-FAI no estaba dispuesta a tolerar injerencias extrañas, ni aun cuando vinieran a reforzar a un bando que, a su juicio, necesitaba armas y no hombres:

«Estimo —le dije— que lo mejor era cerrar a cal y canto la frontera francesa para todos los extranjeros que quieran entrar en España y no pertenezcan a misiones oficiales confirmables (...)»²¹.

El resultado de este cierre fue una conferencia en la cual, infructuosamente, Largo Caballero trató de convencer a García Oliver de que autorizase «la entrada de extranjeros, amigos y simpatizantes nuestros, que se ofrecen para ayudarnos a combatir a los enemigos de la República». García Oliver esgrimió el argumento de que la guerra era sólo entre españoles, que no hacían falta más hombres y, por encima de todo, que el gobierno no tenía facultades para impedir el cierre de fronteras decidido por el Comité de Milicias. Y los internacionales tuvieron que llegar a España por mar, según describe asimismo Abad de Santillán.

El rechazo anarquista de los internacionales ponía de paso al descubierto la impotencia del gobierno ante una instancia de poder que atendía únicamente a los intereses de la organización en ella dominante, puesto que el temor a que se fortaleciesen socialistas

²⁰ *Ibid.*, p. 237.

²¹ *Ibid.*

y comunistas constituye la única razón de fondo de la prohibición. Es una buena muestra de lo que representaba en realidad la imagen de Epinal de un poder revolucionario, supuestamente generoso e ingenuo, frente al gobierno de la República. La invocación del carácter español de la guerra, frente a la internacionalización encarnada por las Brigadas, tema presente en García Oliver y en Santillán, refleja una evolución ideológica de la CNT-FAI en el sentido de una nacionalización, pero sobre todo la atención al objetivo de la hegemonía, compatible con el reconocimiento de la escasa eficacia de las milicias. En contra de lo que parece, no estaba en juego una concepción ideal de milicias libertarias frente a brigadas con disciplina comunista, sino una pugna por la asignación de recursos que pudieran hacer peligrar el control inicialmente ganado por los anarcosindicalistas sobre Cataluña.

En el frente Centro, un anticomunista tan firme como Cipriano Mera, partidario de asumir una lógica de guerra, no tendrá ese problema al relacionarse frecuentemente con las Brigadas. En Cataluña estaba en juego el poder, apoyado en las armas, y a partir de ahí cabe explicar el rechazo abierto desde medios libertarios a su constitución, así como su condena posterior en el marco del anticomunismo. De ahí que la versión que de las Brigadas nos transmiten las fuentes confederales madrileñas, y las de la dirección frentepopulista de la CNT más tarde, suponga un giro de ciento ochenta grados respecto de la ofrecida por los líderes anarquistas arriba citados. Aquí se trataba de reunir fuerzas para oponerse al fascismo y la ayuda exterior era clasificada en el marco de la solidaridad internacionalista.

La aparición de los "internacionales" en el frente de Madrid es así saludada por *CNT*, el órgano de la Confederación en la capital, con el mismo entusiasmo que en *Mundo Obrero*. Claro que el vocabulario es otro y aquí no se hace mención al predominio de los militantes comunistas en la composición de la que es llamada inicialmente Columna Internacional. El 10 de noviembre, un titular en página interior destaca la «vigorosa acción de la brava Columna Internacional». En la crónica, rebosante de admiración, son presentados los voluntarios como «verdaderos cíclopes al encuentro de aquellas máquinas», por su confrontación con los tanques, integrantes de «esa columna de hierro, ya cubierta de lauro y gloria». En días sucesivos toca el elogio al veterano escritor libertario Mauro Bajatierra,

a quien le llama la atención la fortaleza física —son «los muchachotes que componen la formidable Columna Internacional»—, y también el predominio de germanos en la composición —alemanes y algún austriaco—, por lo que les designa cordialmente como «el batallón de los Rubios», «hombres fuertes, colorados, rubios de todos los colores». Los recibe en todo caso con los brazos abiertos por su contribución a la causa de la libertad española:

«Valientes entre los valientes todos, contarán en la Historia de España como libertadores del pueblo, que dieron su sangre generosa por hacer de una España pobre y depauperada por la sangría constante de una monarquía criminal, una España grande, elevada y libre, como espejo para pueblos que no supieron luchar por su libertad».

Pasados unos días, el 16 de noviembre, la experiencia de los primeros días de lucha le hace a Bajatierra insistir en sus elogios a «los Rubios»: «No se puede hablar de ellos si no se les ve cómo combaten». Piensa que en sus filas hay muchos anarquistas, recurso evidente de captación, pero por encima de ello cree obligada la declaración de fraternidad y camaradería con quienes se funden con los trabajadores españoles en la lucha contra el enemigo común y por la libertad:

«(...) son todos, todos en absoluto camaradas nuestros, ya que entre ellos hay infinidad de anarquistas (*sic*) de todos los países, y aun cuando no los hubiera, todos son antifascistas y por serlo han de ser cantaradas de quienes siendo libertarios tienen que ser antifascistas, porque ellos como nosotros luchamos contra la tiranía».

Cuando llegue la hora de la retirada de los voluntarios, anunciada por Negrín en Ginebra, el 21 de septiembre de 1938, el discurso oficial de la Confederación se mantendrá en esos términos de cordialidad y respeto. El 15 de octubre, CNT acepta su partida, siendo la de España una «guerra de independencia», pero distingue entre los colaboradores alemanes e italianos del fascismo español y «nuestros voluntarios», quienes, «sin excepción, caminan ya hacia sus pueblos, prendidos en el afecto y admiración del pueblo español». Son los «voluntarios de verdad», según había subrayado *Solidaridad Obrera* el 24 de septiembre, en un marco de desconfianza hacia todo lo que viniera de las potencias democráticas, en vísperas de la clau-

dicación de Múnich. El 18 de octubre, el diario anarcosindicalista de Barcelona insiste en las mismas ideas, rechazando toda inclinación xenófoba de «¡fuera los extranjeros!» dirigida a quienes vinieron a jugarse la vida en España y que son además «luchadores perseguidos a muerte por la reacción y el fascismo de sus respectivos países».

Por medio del editorial de la *Sol*, queda claro que para el anarcosindicalismo frentepopulista la causa de los internacionales era la causa de la defensa de la libertad:

«La masa antifascista española, que es la gran masa del Pueblo español, sabe distinguir perfectamente entre los instrumentos de la reacción internacional que han venido aquí para esclavizarnos, y los amantes de la Justicia y la Libertad que desde todos los rincones del Mundo han venido a España para luchar por esos grandes ideales y para participar en nuestra propia suerte. Muchos de esos hombres deben marcharse ahora abandonando la lucha, muy a su pesar, porque así lo exigen las supremas conveniencias de la propia causa que ellos han defendido».

El 27 de octubre de 1938, el mismo diario confederal publica en primera página, pensando en los anarquistas que vinieron a luchar a España, un «saludo a los auténticos voluntarios internacionales», que constituye un contrapunto libertario de la despedida famosa pronunciada por Dolores Ibárruri: «Vayan donde vayan, echarán de menos, probablemente, este cálido ambiente de fe y de humana simpatía que han hallado en nuestra España y que sólo puede darse allí donde se lucha fervorosamente por la libertad».

Sorprendentemente, anarquistas, socialistas y comunistas coincidían en reconocer la actuación solidaria de las Brigadas Internacionales en la resistencia española contra el fascismo. Eso no significa, como hemos visto, que las imágenes fueran coincidentes y que no existiesen importantes excepciones a tal valoración. Es posible concluir que la exaltación de los brigadistas en cuanto voluntarios de la libertad llegó a imponerse a las confrontaciones políticas de la izquierda, configurando uno de los mitos positivos en los que se apoya la memoria histórica para la restauración de la democracia en España.

